NOTAS SOBRE UNA LECTURA POLITICA DE GALDOS

POR

PIERRE E. SALLENAVE

Cuando trata de abarcar la literatura del siglo XX, la crítica concuerda en considerar que las dos influencias más poderosas en la formación de la España contemporánea son la visión objetiva de la vida española de la novela galdosiana por una parte y el espíritu renovador e investigador de los krausistas.

Una de las formas más certeras de juzgar el impacto y la influencia de cualquier pensador es a través de su descendencia espiritual.

Ramón Pérez de Ayala es a la vez el escritor que probablemente debe más a Galdós y el admirador más incondicional del maestro. En este breve trabajo nos proponemos definir el alcance y los límites del parentesco que existe entre estos dos grandes escritores. Eugenio de Nora, en su magistral estudio de Ayala, advierte que «el gran entusiasmo juvenil de nuestro autor es Galdós» (1).

Nota inmediatamente la inmensa diferencia que existe entre padre e hijo: «Ayala, desde el primer momento, hace pesar sobre el realismo, de raíz galdosiana, la problemática vital e ideológica del 98» (2).

Cuando consideramos lo escrito por Ayala sobre Galdós nos deslumbra el grado de «politización». Con excepción de unas cuantas loas hiperbólicas y redundancia de tipo general, todo lo que escribió sobre el insigne canario se relaciona con preocupaciones de orden estrictamente político.

En 1918 reconocía esta tendencia suya.

> Cuando me desdoblo y retraigo, a la manera de un espectador, en una instrospección de mi conciencia, con su abigarrada escenografía de afectos, pasiones, ideas e ideales, en el primer término de la perspectiva, como si fuese la batería de luz que todo lo anima y sin la cual nada se echaría de ver, está la preocupación política (3).

---

(1) E. de NORA: *La novela española contemporánea*, p. 474.
(2) *Ibídem*, p. 474.
(3) R. PÉREZ DE AYALA: *Obras selectas*, pp. 973-974.

Conforme a su confesada inclinación, Pérez de Ayala hace una lectura casi exclusivamente política de Galdós. Esta parece ser la razón por la cual Ayala deja de lado la novela galdosiana para dedicar toda su atención a su teatro; respecto esto, indica Angel del Río que en el teatro «se transparentan con mayor claridad las ideas del autor» (4).

Lo reconoce sin dificultad Ayala cuando escribe que, al tomar *La loca de la casa* como instrumento para una ligera exégesis del liberalismo, no hemos querido dar a entender que el resto de las obras galdosianas no estén de la propia suerte fraguadas en el seno del espíritu liberal. Lo que ocurre es que esta comedia nos abre un camino particularmente breve y derecho para llegar al cabo de nuestra intención (5). Y cuando se pregunta a sí mismo por qué ha escogido dicha comedia, da la contestación siguiente:

> dentro de los caracteres de *La loca de la casa* hemos visto, o cuando menos hemos creído ver, cómo funcionan ciertos escondidos resortes de eso que se llama espíritu liberal (6).

No cabe la menor duda de que Ayala va a valerse del prestigio y de la autoridad de Galdós para exponer su concepto de lo liberal. Después de notar el parentesco entre Galdós y Nietzsche, equipara el espíritu liberal con la facultad creadora, explicando que el creador imprime en el tuétano o más encerrada sustancia de cada criatura un anhelo simple, elemental, una ley o arquetipo y que según se acerque más o menos a la plenitud de su arquetipo, afirmando su propia ley íntima, cada criatura es más o menos buena. Y concluye identificando bondad y espíritu liberal. Por una parte, escribe que «bondad vale tanto como derecho que cada cual tiene a existir tal como es» (7), mientras define el espíritu liberal como «la creencia en la justicia que a cada cual asiste de ser como es y el respeto a todas las maneras de ser» (8).

Como se ha demostrado tantas veces, este enaltecimiento del individualismo es propio de la clase media. Su posición intermedia entre la burguesía y el proletariado explica el hecho que suele condenar toda lucha de clases. Ayala considera que «el drama de la vida y de la historia no está planteado entre lo justo y lo injusto, sino entre dos maneras contradictorias de justicia» (9). En conformidad con esta

---

(4) A. del Río: *Historia de la literatura española*, II, p. 144.
(5) R. Pérez de Ayala: *Las máscaras*, p. 44.
(6) *Ibidem*, p. 43.
(7) *Ibidem*, p. 48.
(8) *Ibidem*, p. 46.
(9) *Ibidem*, p. 46.

visión de la historia, no hay lucha de clases, sino solamente conflicto de intereses particulares. En una clara referencia a la contienda social considera que «tanto derecho tiene la oveja a no dejarse devorar como el lobo a devorarla», ya que «en la creación, cada ser y cada cosa, tomados individualmente, obedece a una fatalidad que le ha sido impuesta; cada ser y cada cosa no es sino la manera aparente de obrar de un principio elemental, cuya última raíz se alimenta de la sustancia misteriosa del Creador» (10). A consecuencia de esta concepción idealista de la historia, «lo malo es transitorio y relativo y aparece cuando las cosas son desencajadas de su fin propio, o cuando se constriñe a los seres a que desvíen el curso de su personalidad» (11). La solución preconizada se reduce a una exacerbación del individualismo; afirma que «cuanto más se acusen las diversas personalidades y con más claridad se defina la oposición, con tanta mayor naturalidad sobrevendrá la solución o el equilibrio de tendencias y leyes entre sí adversas, de donde se concierta la gran armonía universal» (12). Se persuade que una colaboración de clases es posible, que un interés general existe por encima de los antagonismos de intereses particulares. Ya había notado hace tiempo Juan Chabás la tendencia que tiene Ayala a «confundir casi siempre a la pequeña burguesía y sobre todo a la intelectual con el verdadero pueblo español (13).

Invocando la sacrosanta ley de la imparcialidad, se confunde cómodamente su interés particular con el interés general. En un arrebato de candor exclama: «¡Estaríamos apañados si la divina Providencia se abanderizase definitivamente en el partido de las ovejas o en el de los lobos!», y concluye de forma tajante: «Hasta al más insignificante juez pedáneo le pedimos imparcialidad» (14).

Esta armonía universal que anhela Ayala significa más o menos la conservación del statu quo político, social y económico. No quiere dar lugar a dudas en cuanto a esto y condena expresamente todo intento de rectificación contranatural bajo el pretexto bien conocido de de que el fin nunca justifica los medios. Denuncia sin ninguna reserva a los que «extreman a tal punto esta comezón cicatera de corregir las obras de creación, que en el conflicto entre la oveja y el lobo desearían con toda su alma que la oveja se comiese al lobo», y entonces «resultaría en puridad que la oveja era lobo y el lobo era oveja, y todo estaba como antes, porque la Naturaleza no admite enmienda» (15).

---

(10) *Ibídem*, p. 46.
(11) *Ibídem*, p. 49.
(12) *Ibídem*, p. 48.
(13) J. Chabás: *Literatura española contemporánea*, p. 248.
(14) R. Pérez de Ayala: *Las máscaras*, p. 47.
(15) *Ibídem*, p. 48.

Galdós viene a representar para Ayala un arquetipo, un dechado de virtudes, un catalizador por cuya intervención se producirá la reacción de armonía en este conflicto de ideas, esencia de la historia según nuestro autor:

> Tal es la tragedia de la historia humana y de la vida del hombre: la lucha perpetua entre dos causas justas, lo vital y lo intelectual (16).

Después de incorporar lo humano-instinto en un ser de la mitología escandinava, Brunilda, y lo humano-razón en un ser de la mitología helénica, Palas Atenea, se pregunta si han de estar siempre en guerra el instinto y la razón y si no hay en la naturaleza humana un agente superior y armónico que imponga la paz. A esto contesta afirmativamente:

> Sí, sí; la voluntad, la buena voluntad, cuyo cuerpo o forma es el sentimiento, cuya alma o esencia es ese algo inefable y religioso que no acertamos a transmitir en palabras, y cuya manera de obrar es la libertad absoluta, la manumisión de toda fatalidad, ya sea instintiva, ya sea lógica, por medio del amor (17).

Después de excluir el amor del instinto y el amor de la razón, define este «amor conciliador» como «el amor por el amor», o sea la caridad, y exclama: «Y ese amor, hecho carne, es Sor Simona» (18).

Del Río, en su interpretación de Galdós, coincide con Ayala al considerar que la esencia del pensamiento y del arte galdosiano es la comprensión, la tolerancia, el amor, único terreno donde sea posible la conciliación de las clases. He aquí el compendio de programa social que nos ofrece Del Río:

> Galdós busca una armonía social política y humana, que esté basada en la justicia, en una distribución más equitativa de la riqueza y en la libertad para que cada uno pueda ser lo que es, con todas sus limitaciones y con todos sus sueños, en tanto no perjudique a los demás (19).

Para Ayala, Galdós desempeña un papel triple. En primer lugar, incorpora e identifica los intereses superiores que constituyen el patrimonio de la raza; nos dice que preocupaciones por «la conservación de la especie y el tesoro de razón y experiencia que de una en otra van legándose las generaciones se sienten siempre actuando a través de toda la obra dramática de don Benito Pérez Galdós» (20). En se-

(16) *Ibídem*, p. 35.
(17) *Ibídem*, p. 35.
(18) *Ibídem*, p. 36.
(19) A. DEL RÍO: *Historia de la literatura española*, II, p. 146.
(20) R. PÉREZ DE AYALA: *Las máscaras*, p. 35.

gundo lugar, despierta e invita a la alta burguesía a que se renueve; nota, por ejemplo, el «radicalismo asaz exagerado de Pepet» (21). Por fin, apacigua al pueblo con un programa social hecho a base de reverencia y «elevación del espíritu» (22).

Veamos, pues, en qué consisten los intereses superiores de la nación. Ayala considera que «religiosidad y españolismo son los rasgos familiares de todas las obras galdosianas» (23).

Del Río hace eco a esta interpretación ayalina y nos provee con este comentario, algo más explicativo:

> Galdós percibe que las raíces de la división de España están en el problema religioso, en las creencias, quizá más que en los intereses o en la división de clases (24).

Galdós es el común denominador, el gran oráculo que habla por la naturaleza humana, por el individuo, cogido entre la tradición y la masa. Para darle a su voz toda la resonancia posible, no vacila Ayala en alzar a su héroe en el pináculo de la Historia; si no sonase demasiado a sacrilegio, diríamos a divinizarle. Escribe que Galdós, Costa y Giner de los Ríos «son como tres semidioses sobre el horizonte de la vida española contemporánea. En torno a su cabeza hay como un halo o resplandor, que no se sabe si se efunde de ellos mismos o es albear de un divino dedo invisible con que el cielo los señala a la devoción de los demás españoles» (25). Esta situación extrahumana le da el necesario alejamiento, la suficiente imparcialidad para «ver todas las cosas de la tierra en su cabo y extremidad *sub especie aeterni*» (26). En Galdós ve Ayala el campeón que lucha por los derechos del individuo, el dramaturgo que «intentó traer la realidad de la conciencia individual al teatro» (27). Compara a Galdós con Cervantes por su obra de revitalización de la cultura, de ruptura con una tradición fosilizada; ambos «rompieron con la afectación de tono, la rigidez y rutina de giros y la fingida nobleza de vocablos, que, al punto de comenzar ellos a escribir, la tradición exigía en obras de fingimiento y solaz y dieron a la circulación un nuevo lenguaje narrativo que al sabio embelesa y hasta del más lego puede ser entendido y penetrado cabalmente» (28). Establece un paralelo entre «el

(21) *Ibídem*, p. 56.
(22) IDEM: *Divagaciones literarias*, p. 127.
(23) IDEM, *Las máscaras*, p. 65.
(24) A. DEL RÍO: *Historia de la literatura española*, II, p. 140.
(25) R. PÉREZ DE AYALA: *Pequeños ensayos*, p. 236.
(26) IDEM: *Las máscaras*, p. 64.
(27) IDEM: *Divagaciones literarias*, p. 160.
(28) IDEM: *Las máscaras*, p. 41.

teatro llano, simple y coherente» de Cervantes y «la dramaturgia llana, simple y realista» de Galdós (29).

Desde esta posición de ecuanimidad, de «serenidad» (30), «paraje que los gentiles denominaron calma olímpica, y los cristianos, beatitud» (31), puede el novelista ejercer su función esencial, que, según Ayala, es «la cura de almas» (32).

Como la mayoría de los escritores del 98, de quienes escribe que «son la prole fecunda y diversa del patriarca Galdós» (33), Ayala considera que el mal de España es ante todo una crisis de la conciencia nacional, anquilosamiento y plebeyez del alma. Para remediarlo invita a cada cual a que se acerque a la fuente de la juventud:

> No existe en vano esa montaña. Ni vosotros iréis a ella en vano, que no volváis con algún fruto precioso. Fruto de experiencia y fruto de esperanza; entre tanto que de su cantera se extrae la fuerza. Porque, sabedlo, bajo el deleite de belleza y amenidad con que os atrae ese poderoso monte se esconden las minas de hierro donde se han de forjar las armas de mañana (34).

¿En qué consiste, pues, el mensaje galdosiano a la burguesía española? Bien sabido es que ambos, Galdós y Ayala, eran anglófilos. Sin que se admita formalmente en los escritos ayalinos, es evidente que ésta fue una de las causas de su afinidad mutua. No cabe la menor duda que Pérez de Ayala ha sido sumamente marcado por el liberalismo apolítico de la generación inglesa de los años ochenta. Nota Arnold Hauser que «esta generación joven es totalmente hostil a la burguesía, sin ser, en conjunto, democrática ni tampoco socialista en modo alguno» (35). La clase media no desea la desaparición del capitalismo ni de la burguesía como clase. Reconoce Hauser que el movimiento «no se dirige contra la burguesía capitalista, sino contra la burguesía torpe y que desdeña el arte» (36).

Tal es el caso de Ayala cuando afirma perentoriamente que «el apetito y concupiscencia económica es el germen primero de toda especie de liberalismo» (37).

Es evidente que Galdós es para Ayala el representante en España del liberalismo inglés. No se cansa de repetirlo a lo largo de sus ensayos. Propone entonces remediar la degeneración de la burguesía

---

(29) *Ibídem*, p. 41.
(30) IDEM: *Obras completas*, I, p. 1289.
(31) IDEM: *Tabla rasa*, p. 227.
(32) IDEM: *Amistades y recuerdos*, p. 47.
(33) IDEM: *Divagaciones literarias*, p. 141.
(34) *Ibídem*, p. 130.
(35) A. HAUSER: *Historia social de la literatura y el arte*, p. 437.
(36) *Ibídem*, p. 437.
(37) R. PÉREZ DE AYALA: *Las máscaras*, p. 52.

con una inyección de sangre fresca que la rejuvenezca: «a Pepet le producen malestar todas las variedades de la fauna eclesiástica, sacristanesca y conventual» (38). Bajo ese respecto establece una fina distinción entre plutocracia y mesocracia-meritocracia:

> Se observa con regularidad el fenómeno de que las personas que por el propio esfuerzo han acarreado bienes de fortuna y creado riqueza de mucha entidad suelen profesar en las ideas radicales de la propia suerte, que cuando el dinero pasa a la segunda generación y se convierte en hacienda heredada y abundancia conseguida sin esfuerzo, los poseedores se tornan del lado de las ideas reaccionarias (39).

El liberalismo de Galdós, si uno se atiene a la interpretación ayalina, es apolítico en el sentido de que nunca discute opciones y orientaciones. Para todo adopta un criterio exclusivamente administrativo: «todo es bueno en cuanto obedece a su naturaleza y cumple el fin a que está destinado. Lo mejor es lo más eficaz dentro de su acción, oficio o menester» (40).

En suma, todo lo que se pide a la burguesía es que reconozca las competencias.

Por fin, veamos lo que significa Galdós para el pueblo. De antemano anuncia Ayala que la seriedad, que es uno de los ingredientes sustantíficos de la obra galdosiana, consiste en el «sometimiento a la ley de la propia naturaleza, esto es, en llenar la función para que uno ha sido creado, en ser útil» (41).

Al equiparar lucha de clases con envidia, morbo psicológico del cual sufre España, invita a los afligidos a que «vuelvan los ojos hacia semejante dechado de sanidad» (42). Para conseguir tal «cura del alma», Ayala propone la creación de un Parnaso español.

> Busquemos, seleccionemos, con la crítica más clara y reverente, aquellos grandes hombres hispanos —hechura de Dios, que no hechura nuestra— que a lo largo de la historia han formulado y cumplido mejor el deber trascendental de nuestra raza sobre la tierra (43).

Una vez acabada esta tarea de selección de los hombres representativos, labor que emprendió la generación del 98, lo cual es, según Ayala, su contribución fundamental, propone sencillamente que se rinda «un culto constante a esta cohorte de nuestros héroes» (44). Por

---

(38) *Ibidem*, p. 56.
(39) *Ibidem*, p. 56.
(40) *Ibidem*, p. 46.
(41) *Ibidem*, p. 37.
(42) IDEM: *Amistades y recuerdos*, p. 49.
(43) IDEM: *Divagaciones literarias*, p. 141.
(44) *Ibidem*, p. 141.

ello hay que crear una nueva emoción. Después de observar que los hispanos son emocionables con exceso y que por eso sus emociones son breves y fugitivas, y que, por lo tanto, su temperamento exige que se impresionen previamente para juzgar, declara solemnemente:

> Nuestro deber —un deber hacia la elevación de la casta hispana— demanda con urgencia que veamos de crear una nueva emoción de naturaleza constante y fija. Esta emoción no puede ser sino la emoción de reverencia (45).

PIERRE E. SALLENAVE
Westville, Nova Scotia
CANADÁ

(45) *Ibidem*, p. 131.